

El lenguaje como posibilidad de lo imposible

Paula García Cherep. CONICET-UNL Argentina

Recibido 13/2/21

Resumen:

Partiendo de la noción derridiana de Adorno como el filósofo de la posibilidad de lo imposible, este trabajo indaga en *Minima Moralia* para ahondar en la relación entre razón, lenguaje y capitalismo. Lejos de postular la existencia de una filosofía del lenguaje implícita en Adorno, el trabajo se propone rastrear dos concepciones de lenguaje que en aquella obra se muestran como contrapuestas. Sostenemos que mientras una de ellas sería representativa de la expansión totalitaria del capitalismo, la otra se manifestaría como una vía de escape de aquella expansión.

Palabras clave: Adorno, subjetividad, lenguaje, capitalismo

Abstract:

Language as the possibility of the impossible

Starting from the derridian notion of Adorno as the philosopher of the possibility of the impossible, this work explores *Minima Moralia* to delve into the relationship between reason, language and capitalism. Far from postulating an implicit philosophy of language in Adorno's thought, the main aim of this work is to trace two opposing conceptions of language. We argue that, while one of them would be representative of the totalitarian expansion of capitalism, the other one manifests itself as an escape route from that expansion.

Keywords: Adorno, subjectivity, language, capitalism.

eikasía
REVISTA DE FILOSOFÍA

El lenguaje como posibilidad de lo imposible

Paula García Cherep. CONICET-UNL Argentina

Recibido 13/2/21

Hay un fenómeno que tiene que ver con el lenguaje, sobre el que ahora doy vueltas. Sin mucha resistencia de las demás lenguas, el inglés es el idioma que va a dominar cualquier proyecto cinematográfico de cierta ambición. De hecho, cuando estábamos buscando financiación para Zama, mucha gente me preguntó si podíamos filmarla en inglés. Pienso que la industria es ignorante de lo que eso significa. No sé si el idioma es un derecho humano, pero debiera serlo. Quiero hacer algo que sea en idioma original en todos los países. (Martel, 2017)

Fichu: la posibilidad de lo imposible

57

El discurso que Jacques Derrida dio el 22 de septiembre de 2001 al recibir el premio Theodor Adorno fue publicado con el título de *Fichu*, donde, a modo de agradecimiento por el premio recibido, da cuenta de algunos puntos de contacto entre su pensamiento y el adorniano. La palabra del título está presente en una frase de Walter Benjamin que Derrida usa aquí como disparador para su discurso. La frase en cuestión había sido soñada por Benjamin en francés y mencionada por él en una de las cartas que le dirige a Gretel Adorno: “il s'agissait de changer en fichu une poésie” (se trataba de convertir una poesía en un pañuelo (*fichu*¹). A partir de la frase de Benjamin, Derrida formula una serie de preguntas que tienen que ver con la relación entre el sueño y la vigilia: “¿Qué es el sueño? ¿Y el pensamiento del sueño? ¿Y la lengua del sueño?” (Derrida, 2002, p.16) y también “¿Podría un soñador por otra parte hablar de

Nº 101
Julio-agosto
2021

¹Derrida no elige esta palabra como título de su discurso basándose sólo en el hecho accidental de que esté dentro de la frase soñada por Benjamin, sino que la elige por la multiplicidad de su significación y por la consecuente imposibilidad de reducir esas significaciones a un único concepto.

su sueño sin despertarse? (...) ¿Podría analizarlo de forma justa e incluso servirse de la palabra «sueño» con plena conciencia sin interrumpir y traicionar, sí, traicionar el sueño?” (Ídem, p.13).

Frente a la última de las preguntas enumeradas, hay dos posibles respuestas que Derrida identifica de modo inmediato: la del no y la del sí. La primera es la respuesta que cualquier filósofo estaría dispuesto a dar, entendiendo por “filósofo” uno para el cual la filosofía consiste en “estar despierto y despertarse” (Ídem), de manera que “no se puede tener un discurso serio y responsable sobre el sueño, nadie podría contar un sueño sin despertarse” (Ídem). Quien piensa de esta manera entiende que todo discurso racional sólo puede elaborarse desde la vigilia, es decir, desde un terreno que le es absolutamente extraño al sueño. Una racionalización tal de lo onírico traicionaría -en los términos de Derrida- al sueño en la medida en que lo racionalizaría desde lo absolutamente ajeno a él. La otra respuesta es la que darían los psicoanalistas o los artistas, quienes entienden que existe “un sentido y una razón del sueño que merece no hundirse en la noche de la nada” (Ídem), es decir, no conciben al sueño y a la vigilia como opuestos irreconciliables, sino que reconocen la posibilidad de que el sueño, alguna vez, irrumpa en la vigilia.

58

Según Derrida, Adorno no podría ubicarse en ninguno de estos polos ya que su respuesta consistiría en un vacilar entre el *no* de los filósofos y el *sí, a veces, quizás* de los poetas. El filósofo francés nos llama la atención sobre un pasaje de *Minima Moralia*, que habla sobre “cómo los más bellos sueños quedan dañados, lesionados, mutilados, deteriorados (*beschädigt*)², heridos por la conciencia despierta que nos hace saber que son pura apariencia (*Schein*) con respecto a la realidad efectiva (*Wirklichkeit*)” (Ídem, p.14). Es decir, la contraposición entre el sueño y la vigilia imprime en aquellos una herida –o según otros pasajes de Derrida, una mancha o cicatriz- que queda grabada para siempre sobre los más bellos sueños. Se trata de una marca que señala al sueño como aparente, ilusorio, irreal, y es por eso mismo que incluso el despertar de la peor pesadilla va acompañado del pesar que produce descubrir que fuimos engañados.

² Derrida también señala la importancia de este adjetivo, ya que es el mismo que aparece como subtítulo de la obra *Minima Moralia: Reflexionen aus dem beschädigten Leben*, cuya traducción sería “reflexiones desde la vida dañada”, refiriendo a la condición dolorosa del intelectual en emigración.

Es en este sentido que, según Derrida, “Adorno habla literalmente (...) de la paradoja de la posibilidad de lo imposible” (Ídem, p.16) ya que el sueño “nos habrá dejado pensar lo irremplazable, una verdad o un sentido que la conciencia al despertar corre el riesgo de disimular, o de adormecer de nuevo” (Ídem, p.16). Si para el filósofo común y corriente en el que piensa Derrida no se puede hablar del sueño sin que lo onírico resulte traicionado, ello se debe a que sólo se puede articular un discurso sobre el sueño desde el ámbito de lo racional, es decir, desde el pensamiento que acontece en la vigilia. En tanto el pensamiento racional se orienta hacia lo verdadero, busca liberarse de todo aquello que, como el sueño, pueda resultar engañoso por no corresponderse con la realidad. La posibilidad de analizar el sueño es paradójica desde el punto de vista de Derrida, ya que el pensamiento racional sólo puede alcanzar lo verdadero a través de la negación (de la verdad) del sueño. Desde la perspectiva del filósofo que, a diferencia de Adorno, respondería con un *no* a las preguntas de Derrida, la verdad del sueño necesita ser reprimida en la vigilia para que la razón no pierda su dirección.

Lo que Derrida, con ayuda de la cita de Benjamin, quiere rescatar del pensamiento adorniano, es el esfuerzo por “despertarse, cultivar la vigilia y la vigilancia, pero al mismo tiempo permaneciendo atento al sentido, fiel a las enseñanzas y la lucidez de un sueño, cuidadosos de lo que el sueño dé que pensar, sobre todo cuando nos da que pensar la posibilidad de lo imposible” (Ídem, p.17), porque es “justo eso por lo que hay que empezar a inquietarse uno, si quiere uno pensar un poco” (Ídem). La posibilidad de lo imposible, que acontece en el sueño, es una ilusión. A pesar de esto, Derrida sostiene que un pensamiento ajeno al vínculo entre posibilidad e imposibilidad será necesariamente estéril.

Nos interesa tomar la figura de Adorno como filósofo de la posibilidad de lo imposible como clave de lectura de *Minima Moralia*, obra que presenta una lectura negativa de la realidad social actual, y una desalentadora visión respecto de la posibilidad de modificación de esa situación. Si bien la motivación para llevar a cabo esto reside en el ya aludido trabajo de Derrida, entendemos que se trata de una idea apenas mencionada por el francés, de manera que la profundización en ese aspecto requerirá una lectura atenta del texto adorniano que ahonde en los puntos de contacto entre las nociones de razón, lenguaje y capitalismo. Nuestra estrategia consiste en

rastrear a través de *Mínima Moralia* la concepción de dos formas contrapuestas de lenguaje. Una de ellas es el producto en el ámbito del lenguaje de la expansión de la economía del lucro entre los más variados ámbitos de la sociabilidad, y se orienta hacia el ideal de la comunicabilidad y la claridad de la expresión. La otra, remite a una concepción previa, vinculada con la expresividad y transmisibilidad de la experiencia. Es preciso dejar en claro, antes de continuar, que no nos proponemos señalar que en Adorno pueda haber algo que se asemeje a una implícita filosofía del lenguaje, como señaló algunas veces Albrecht Wellmer³, siendo reivindicado posteriormente, por ejemplo, por Samir Gandesha⁴. En cambio, queremos llamar la atención acerca del hecho de que en Adorno, la consideración del lenguaje aparece como una dimensión inescindible de la crítica de la sociedad, en la medida en que el desenvolvimiento de la vida humana -las relaciones humanas, la ciencia, los sentimientos- es dependiente del lenguaje, sin que eso signifique que sea reductible a él⁵.

La imposibilidad de la subjetividad en el capitalismo estatal

Ya desde la dedicatoria a Max Horkheimer con que se inaugura *Minima Moralia* (MM), la sociedad actual⁶ aparece caracterizada por “la disolución del sujeto, sin que de ésta se haya originado otro nuevo” (Adorno, MM, p. 14).

Adorno describe a la sociedad de su época como marcada por la situación de que la vida de los individuos no es inmediatamente accesible a la observación: “quien quiera conocer la verdad sobre la vida inmediata tendrá que estudiar su forma alienada, los poderes objetivos que determinan la existencia individual hasta en lo más oculto.” (Idem, p.13) En otras palabras, la subjetividad desapareció debido a que la

³ Principalmente, en Wellmer, A. (2015). *Zur Dialektik von Moderne und Postmoderne*, Frankfurt am Main, Hesse Suhrkamp Verlag y también en (2016) *Sprachphilosophie: eine Vorlesung*, Frankfurt am Main, Hesse: Suhrkamp Verlag

⁴ Gandesha, S. (2006). “The «Aesthetic Dignity of Words»: Adorno’s Philosophy of Language”. *New German Critique*, (97), 137-158. Versión digital en <http://www.jstor.org/stable/27669158>

⁵ En este sentido, nuestra intención se acerca a la de Müller, H., & Gillespie, S. (2009). “Mimetic Rationality: Adorno’s Project of a Language of Philosophy”. *New German Critique*, (108), 85-108. Versión digital en <http://www.jstor.org/stable/25609159>, aunque allí no se haga énfasis en la relación que en *Mínima Moralia* se da entre lenguaje y capitalismo.

⁶ Además de las descripciones que tienen lugar a lo largo de *Minima Moralia*, conviene tener en cuenta que la obra recoge escritos realizados entre 1944 y 1947, es decir, durante el exilio de Adorno en Estados Unidos.

acción individual está fundada en la acción de poderes objetivos, externos a los individuos. Según Adorno, “los movimientos de socialización e integración vaciaron a los sujetos individuales. Desde su punto de vista, la gente es incesantemente coercionada, sobornada y entrenada para satisfacer los requerimientos del sistema del mercado y de las estructuras estatales en un mundo de rigurosa administración (...). Puede ser que la retórica liberal aún hable de autonomía, pero la reglamentación de todos los aspectos de la vida en las sociedades modernas demuestra la subordinación del sujeto individual en la era del capitalismo estatal tecnocrático” (Norberg, 2011: 402). La disolución del sujeto es el efecto que sobre las personas tienen las condiciones económicas de la sociedad. El orden estatal, anclado fuertemente en la administración, impone un límite a la libre constitución de la subjetividad.

“El individuo no es sólo el sustrato biológico, sino a la vez la forma de la reflexión del proceso social” (MM, p.261); en tanto su papel social consiste en cumplir una función específica para el funcionamiento de la estructura económica, funcionando así como “agente de la ley del valor” (MM, p.261), la configuración de la constitución interna total del individuo resulta afectada por la forma del ordenamiento económico de la sociedad. El hecho de que la vida encierre la idea de un absurdo “quid pro quo” (MM, p.13) tiene su razón de ser en tanto los sujetos ya no están determinados como fines vivientes, sino como medios de producción. Si anteriormente existía una diferencia psicológica entre los individuos (MM, p.238) como resultado tanto de la división del trabajo como de la posibilidad de cada sujeto de fraccionar su vida entre su participación en los procesos de producción y el tiempo libre, en la sociedad actual esa situación se modificó totalmente. La conversión de la fuerza de trabajo en mercancía (MM, p.238) significa la objetivización y la conmensurabilidad de los movimientos y se impone a todos los hombres por igual.

Se trata de la fetichización extrema de la sociedad: “lo vivo en cuanto vivo se ha convertido a sí mismo en cosa, en equipamiento” (MM, p.263). El individuo llega a perder incluso las cualidades de su personalidad, ya que la auténtica amabilidad hasta el histérico acceso de ira desaparecen en tanto tales y se convierten en un mero uso conforme a la situación y “ya no son ellas sujeto, sino que el sujeto se conforma a ellas” (MM, p.263). Lo que alguna vez fueron cualidades de la personalidad son ahora meras formas, envoltorios.

Teniendo en cuenta este diagnóstico sobre la subjetividad, Jakob Norberg ve en *Minima Moralia* una obra cuyo contenido entra en contradicción con su forma. Norberg elige⁷ leer *Minima Moralia* como un libro destinado a dar consejos para mejorar la experiencia social de sus lectores. En todo acto de aconsejar está siempre supuesto el reconocimiento de una interdependencia entre quien da el consejo y quien lo recibe (Norberg, p.400). En esa relación, lo que separa a ambas partes es la posesión de determinada información crucial para la toma de decisiones, y no una jerarquía o talento, de manera que el consejo es posible en tanto no queda negada la posibilidad de auto-determinación de aquel al que se lo dirige. Pero si la subjetividad libre y emancipada es la condición de posibilidad de todo acto de aconsejar, Norberg señala que los consejos de Adorno “están enmarcados en repetidos e incluso obsesivos anuncios del fin (...) del sujeto auto-determinado” (Ídem, p.400), con lo cual “el volumen habita y viola las convenciones del consejo”. (Ídem, p.401) Así, *Minima Moralia* gira permanentemente sobre una paradoja: da sugerencias para la acción individual a la vez que denuncia que el sujeto individual ya no es una entidad con límites bien definidos. Insistiendo en el carácter paradójico de la obra, Norberg también señala que Adorno se ubica a sí mismo en el área de experiencia del sujeto (Ídem, p.405); como dador de consejos, Adorno se ubica en el lugar del observador que no ostenta un punto de vista absoluto ni ilimitado, sino que adopta una perspectiva congruente con la del sujeto individual, a quien dirige el consejo.

Pero ¿qué se gana con la paradoja? La respuesta de Norberg es que la desalentadora visión de la subjetividad en el contexto de la sociedad contemporánea, junto a la continua apelación a la voluntad individual en *Minima Moralia*, no produce más que perplejidad y desesperación. Al hacerlo, Adorno está buscando llamar la atención del lector respecto de la discrepancia entre la lógica de la sociedad y las fuentes cognitivas y pragmáticas del individuo, para así realizar una crítica del mundo totalmente administrado. (Ídem, p.401)

Lenguaje

⁷ En la nota (2) al final de su artículo, Norberg reconoce que *Minima Moralia* puede leerse de muchas maneras, y decide, en esta ocasión, leerlo como un libro en que su autor da consejos a los lectores.

Si bien la fetichización extrema de la sociedad u objetivización de lo vivo, que condujo a la disolución del sujeto, está presente en todos los ámbitos de la vida social, entendemos que a través de algunos párrafos de *Minima Moralia* el lenguaje aparece como un terreno híbrido sobre el que la racionalización y tecnificación han avanzado pero sin haber logrado conquistarlo por completo. Rastreando la noción de lenguaje que va apareciendo en esta obra, vemos que se lo caracteriza de dos maneras contrapuestas: una de ellas se refiere al lenguaje en tanto cooptado por los andamiajes socio-económicos vigentes, y la otra remite a un estadio previo y más puro de la lengua.

Flatus vocis: el lenguaje en la era de la administración de la vida

En tiempos de disolución de la subjetividad, también el lenguaje pierde, en la sociedad dominada por la administración, características que alguna vez le fueron esenciales:

Mientras las escuelas instruyen a los hombres en lo discursivo (...) los instruidos se vuelven cada vez más mudos. Pueden dar conferencias, y cada frase los cualifica para el micrófono ante el cual se posicionan como representantes de la media, pero la capacidad de hablar entre ellos queda sofocada. Ésta suponía a una experiencia digna de ser compartida, la libertad de expresión, tanto como la independencia y la relación. Dentro del sistema omniabarcador, la conversación se convierte en ventriloquia. (MM, p.155)

De acuerdo a este pasaje, lo que sucede con el habla se parece bastante a lo que aludimos más arriba en relación a las cualidades de la personalidad, en tanto la educación en el lenguaje no consiste más que en la instrucción en una habilidad. Se trata de repetir fórmulas vacías que simplemente se adecúan a la situación en la que el discurso tiene lugar. El lenguaje, una vez permeado por la administración, se vuelve determinista ya que, por un lado, es absolutamente predecible todo lo que se puede oír y todo lo que puede ser dicho. Por otro lado, las fórmulas vacías de las que se compone el habla no remiten a nada externo a la práctica misma de la que forman

parte y carecen de toda capacidad de expresión. El lenguaje pierde así cualidades que alguna vez tuvo. Ya no es posible la comunicación porque no hay nada que comunicar; los hablantes no son independientes los unos de los otros, sino que se relacionan entre sí en tanto son parte del sistema omniabarcador, que los cosifica y los convierte en seres indiferenciados.

Ese sistema tiene un alcance totalitario no sólo porque llega a regir todos los ámbitos de la sociabilidad, sino también por anular toda posible diferenciación. Además de que las fórmulas del lenguaje no pueden dar lugar a nada nuevo, Adorno llama la atención sobre el pánico que se genera cuando se producen pausas que no estaban previstas “en virtud de las cuales se elaboraron juegos complicados y otras ocupaciones de tiempo libre que deben dispensarnos de la carga de conciencia del lenguaje” (*MM*, p.156). Cuando se rozan los límites del discurso en tanto mecanismo socialmente dispuesto, no se acepta simplemente la detención del intercambio de esas fórmulas prefabricadas, sino que los hombres buscan entregarse a alguna otra actividad ya reglamentada según la lógica de la administración.

Entre lo que el lenguaje pierde a manos de la administración, se encuentra su componente propiamente humano:

Si el tiempo es dinero, ahorrar tiempo -sobre todo el propio- parece ser moral, y se disculpa tal ahorratividad con la consideración hacia los demás. Se es franco. (...) en la unión entre dos personas vale sólo la recta, como si aquellas fuesen puntos. (*MM*, p.45)

Lo que domina las relaciones en la sociedad actual es una economía del lucro regida por un sentido práctico. En el ámbito del lenguaje, esto se traduce en la supresión de todo lo que no exprese de manera directa una intención clara, es decir, se eliminan las fórmulas del trato, la cortesía y la conversación inútil en pos de la claridad y transparencia del diálogo. El rodeo que dilata el verdadero objeto de una conversación aparece ahora como propio de personas no totalmente moldeadas por la civilización (*MM*, p.46), porque lo propio de esta es la desaparición de las distancias. Adorno le atribuye a la cercanía producida por el trato directo carente de palabrerío el ser un efecto de la enfermedad en el contacto humano; la fetichización de las relaciones

sociales aliena a las personas y las mantiene alejadas entre sí, de manera que es necesario que las relaciones adquieran un tono ficticio y forzado para que la disolución de la subjetividad no culmine en la disolución de la sociedad.

Hay una cita de Hume que según Adorno expresa la manera en que es entendido el lenguaje en una sociedad regida por la economía del lucro: “«La exactitud favorece siempre a la belleza, y el pensamiento correcto al sentimiento delicado»” (MM, p.44). Es en favor de la requerida exactitud que los escritores tienen el cuidado de “revisar en cada texto, en cada pasaje, en cada párrafo, si el motivo central aparece lo suficientemente claro” (MM, p.95). La búsqueda que el escritor hace de la exactitud de la expresión se fundamenta en que

Su sentido está en limitar al escritor a exponer de modo explícito todos los pasos que recorridos en la elaboración de sus afirmaciones, para así hacer a cada lector capaz de repetir el mismo proceso y, donde sea posible –en el campo académico- duplicarlo. Ello no sólo opera con la ficción liberal de la comunicabilidad arbitraria y universal de cada pensamiento impidiendo su concreta y adecuada expresión, sino que es falso también como principio de la exposición misma. (MM, p.90)

Así como es posible instruir a las personas en el habla, pareciera que también se las puede instruir para que sean capaces de reproducir un determinado procedimiento de pensamiento. El autor de *Minima Moralia* no ve en todo esto sino un signo más de que las relaciones en la sociedad capitalista están marcadas por el interés, donde las personas son vistas como medios (objetos) para alcanzar algún fin. El mandato pragmatista, resumido en la frase de Hume, contiene dos engaños según Adorno: el de la comunicabilidad universal del pensamiento y el de la belleza de la exactitud.

Hay belleza en el rodeo

Mientras que la lógica imperante en la sociedad del capitalismo estatal concibe a la exactitud y la transparencia de las fórmulas del lenguaje como relacionadas a la belleza, Adorno entiende que las formulaciones claras pueden ser garantía de

comunicabilidad, pero no son ni siempre ni necesariamente la mejor expresión del pensamiento. Asimismo, Adorno considera que habrá más belleza en el lenguaje mientras las expresiones más se acerquen a aquello a lo que se refieren, sin querer decir con esto que la adecuación a la cosa tenga algo que ver con la exactitud de los términos:

Si se admitiera por una vez la dudosa instrucción de que la exposición debe figurar el proceso del pensamiento, este proceso sería tan poco el de un progreso discursivo etapa por etapa como, a la inversa, el que al conocedor sus ideas le cayeran del cielo. Se conoce más por el entretejimiento de prejuicios, intuiciones, inervaciones, autocorrecciones, anticipaciones y exageraciones; dicho brevemente, en la experiencia fundada, pero nunca totalmente transparente. (MM, p.90)

Lo que más evidentemente salta a la vista en este pasaje es la inadecuación entre el proceso del pensamiento y su comunicabilidad. Leyéndolo en relación con el último de los pasajes citados en el apartado anterior, resulta que la explicitación del procedimiento del pensamiento no puede realizarse en la forma de una exacta exposición. El pensamiento no surge en realidad de una sucesión ordenada de intuiciones claras y distintas, ni de razonamientos enlazados lógicamente entre sí. Por el contrario, surge de un trasfondo que no resulta fácilmente explicitable, porque él mismo no es del todo claro ni conceptualizable.

Sin embargo, Adorno denuncia que a medida que la lógica de la administración avanza sobre los distintos ámbitos de lo social, avanza con ella la organización del pensamiento y acaba por imponerse la suposición de que el pensamiento se verá beneficiado por el retroceso de las emociones (MM, p.138). Sin embargo, las consecuencias de tal avance, sostiene Adorno, no pueden ser otras que el embotamiento y la estupidez (MM, p.139), porque la decadencia de las emociones conlleva la separación del pensamiento respecto de su fundamento instintivo, es decir, de su verdadera fuente. Una vez efectuada la separación definitiva entre pensamiento y emoción, la reflexión no puede salirse de las formas ya transitadas, reduciéndose así a una tautología absoluta (MM, p.139) por carecer del contenido material del que la dota la emoción. Con la decadencia de la emoción desaparece la posibilidad de que aparezca en el pensamiento algo novedoso, y de la misma manera en que todo discurso

se convierte en el intercambio de unas fórmulas vacías prefabricadas, sin nada que comunicar, el pensamiento consiste ahora en la sucesión de unos razonamientos evidentes que carecen de todo sentido.

Es así como Adorno se acerca a la idea planteada en el texto de Derrida; ambos coinciden en que el pensamiento puede mantener la esperanza de no estancarse en la forma de un mecanismo formal estéril sólo si mantiene una apertura a las emociones, el sueño o la fantasía, porque lo novedoso no puede manifestarse sino desde esos ámbitos aun no dominados por la racionalidad. En torno a esta cuestión aparece en el libro de Adorno el tema de las lenguas. Mientras que el ideal pragmatista pretende no sólo la absoluta comunicabilidad de los pensamientos, sino también la traducibilidad a distintos idiomas a partir de un sistema de equivalencias de las lenguas, Adorno llama la atención acerca del privilegio que la lengua propia tiene en relación a la expresividad, debido al vínculo estrecho que mantiene con la experiencia espiritual del individuo.

Adorno lamenta la pérdida del carácter expresivo del lenguaje, que la expansión de la fetichización de las relaciones humanas trae aparejada, porque esa pérdida significó también el vaciamiento de la comunicación y la anulación del pensamiento. Tanto en el diálogo como en la escritura, el avance de la lógica de la administración fomenta la sencillez discursiva en favor de la comunicabilidad. Adorno sostiene que esto conduce a una traición a la cosa –es decir, al pensamiento o aquello sobre lo que el discurso versa- porque los esfuerzos se ponen en respetar el esquema conceptual universal, postergando la relación verdadera entre lo que se dice y aquello a lo que se intenta referir. Si las palabras se refirieran a las cosas de manera fiel, las expresiones serían oscuras la mayoría de las veces. Sin embargo, la organización del pensamiento impone la elección de expresiones rigurosas, que obligan a contraer una obligación con la univocidad de los conceptos, y desautoriza expresiones más amplias por considerarlas vagas, a pesar de que favorezcan el ejercicio del pensamiento. Con la expansión del pensamiento basado en el cálculo, sólo resulta inteligible lo que no precisa ser entendido (*MM*, p.114); lo que se considera comunicable no son más que formas estériles, incapaces de acoger significaciones que difieran de las ya conocidas. La belleza de la exactitud, reivindicada por Hume, es para Adorno un ejemplo de que “la belleza de la expresión por sí misma nunca es «demasiado bella», sino ornamental,

artificial, odiosa.” (MM, p.97) La expresión realmente bella es, de acuerdo con Adorno, la expresión pura que consigue decir lo que se piensa.

Consideraciones finales

El estado social del que Adorno da cuenta está teñido por el avance del capitalismo de estado. En tal sentido, el capitalismo no se limita a ser un sistema económico que rige las relaciones comerciales, sino que aspira a tener tal arraigamiento en la sociedad que acaba por penetrar en los más variados ámbitos de la vida. Es así que las relaciones sociales se subordinan a las económicas. Las relaciones entre personas se convierten en relaciones objetivas, quedando obstaculizada la constitución interna de la subjetividad. Consecuentemente, el lenguaje es concebido en este contexto como un conjunto de formas vacías que son mero instrumento para cumplir con la función social de la comunicabilidad.

Lo que parece imposible en este estado de cosas es salirse de la expansión totalitaria de la concepción pragmatista del mundo. Adorno no sólo se maneja en el ámbito de la imposibilidad para enfatizar lo paradójico de la lógica de la sociedad, como sostiene Norberg. También señala las limitaciones de este orden social, mostrando así el camino hacia una asequible vía de escape; esta consistiría en recuperar la inmediatez de la experiencia humana.

Referencias

- Adorno, Theodor (2012). *Minima Moralia. Reflexionen aus dem beschädigten Leben*, Frankfurt am Main, Hesse: Suhrkamp Verlag
- Derrida, Jacques (2004). *Acabados. Discurso de Fráncfort*, Madrid, Editorial Trotta.
- Gandesha, Samir (2006). “The «Aesthetic Dignity of Words»: Adorno’s Philosophy of Language”. *New German Critique*, (97), 137-158. Versión digital en <http://www.jstor.org/stable/27669158>
- Martel, Lucrecia. (2017). “Quiero hacer algo que sea en idioma original en todos los países” [Entrevista concedida a J. Diz, D. Lerer] *Los Inrockuptibles*. Versión digital en <https://losinrocks.com/lucrecia-martel-zama-d095abf57edf>

Müller, Harro, & Gillespie, Susan (2009). "Mimetic Rationality: Adorno's Project of a Language of Philosophy". *New German Critique*, (108), 85-108. Versión digital en <http://www.jstor.org/stable/25609159>

Norberg, Jakob. (2011) "Adorno's Advice: Minima Moralia and the Critique of Liberalism". *PMLA*, 126(2), 398-411. Versión digital en <http://www.jstor.org/stable/41414111>

Wellmer, Albrecht (2015). *Zur Dialektik von Moderne und Postmoderne*, Frankfurt am Main, Hesse Suhrkamp Verlag

Wellmer, Albrecht (2016). *Sprachphilosophie: eine Vorlesung*, Frankfurt am Main, Hesse: Suhrkamp Verlag